

# El continuum contestatario en los países árabes *movimientos sociales, sociedad civil y ciudadanía*

Isaías Barreñada Bajo

.....

**Resumen:** Las movilizaciones populares que desencadenaron las llamadas “primaveras árabes” se explican por la combinación de múltiples razones de orden político, social, cultural y económico. Pero las dimensiones adquiridas por las protestas ponen de relieve cómo éstas tenían antecedentes; en varios países en los últimos años se vivió una intensificación inusitada de la contestación. El carácter masivo de las protestas no hubiera sido posible sin la intervención de determinados actores que contaban con experiencia y que lograron actuar como catalizadores y facilitadores de esta dinámica. Independientemente de sus logros y de sus singularidades nacionales, las manifestaciones del 2011 se inscribieron así en un *continuum* contestatario, siendo herederas de experiencias de resistencia, protesta y organización previas, y constituyeron un punto de inflexión en el proceso. Este *continuum* prosigue en las transiciones políticas en curso.

**Palabras claves:** acción colectiva, democratización, países árabes, protesta

Durante los dos últimos decenios los países árabes se han caracterizado por un doble desfase: primero entre unos sistemas políticos, autoritarios e ineficaces, y unas sociedades cambiantes y modernizadas; pero también entre unos discursos dominantes, anclados en lo identitario, lo tradicional, lo panárabe, y unas prácticas sociales muy diferentes a dichos discursos. Las revoluciones árabes que han tenido lugar a lo largo de 2011 han sido un ajuste brusco dirigido a reducir estos desfases y han abierto una doble transición, política y cultural.

Las movilizaciones populares prodemocráticas han sido las expresiones de contestación colectiva de mayor envergadura vividas en los países árabes desde las luchas de independencias. Aunque su alcance haya sido muy diferente de un país a otro y su naturaleza haya sido escrutada y debatida con profusión (revuelta social, protesta política, ola revolucio-



naria), constituyen un hito político de enorme trascendencia. En algunos casos han provocado cambios de gobierno y en otros casos han forzado a los regímenes a adoptar de manera precipitada reformas políticas y económicas para prevenir su extensión. Pocos países han quedado al margen de los cambios.

La irrupción masiva de la población en el espacio público exigiendo cambios ha sido presentada como un fenómeno imprevisto, detonado por incidentes puntuales con fuerte carga simbólica y contagiado de un país a otro. Una población frustrada, insatisfecha y harta, perdió el miedo, ocupó la calle, afirmó su condición ciudadana y se impuso sobre las fuerzas de seguridad y el poder político autocrático. Esta explosión de protesta habría estado protagonizada por los jóvenes, principales víctimas del Estado autoritario e ineficiente, y primeros en rebelarse y llamar al levantamiento. A este llamado se habrían sumado otros sectores de la población, esgrimiendo demandas diversas, convirtiendo el movimiento en multitudinario y en una protesta eminentemente política.

Sin embargo la supuesta naturaleza excepcional de estas movilizaciones es bastante más limitada de lo presentado. La última década ha sido testigo de una creciente contestación social y política, no sólo expresada en la avalancha de revueltas, sino también en el afloramiento de movimientos sociales y organizaciones ciudadanas que actúan en el ámbito político. El protagonismo político juvenil es el resultado de la dinámica demográfica y la consecuencia normal de numerosas rupturas sociales y culturales acumuladas (González-Quijano, 2011c). También desde hace años la multitud y la llamada “calle árabe” vienen siendo objeto de atención (Bayat, 2009a). Por todo ello no es de extrañar que algunos analistas árabes anticiparan una agudización de las protestas hasta poner en jaque a los gobiernos (Fergany, 2010).

La percepción esencialista de los países árabes y a través de unos cuantos tópicos y clichés socioculturales (autoritarismo, islam político radical, marginación de la mujer, conflictos enquistados, regímenes aliados moderados vs. regímenes radicales) ha hecho prestar más atención a las revueltas violentas que han salpicado casi todos estos países y, en cambio, han menospreciado la larga tradición de contestación, las experiencias de organización social y la multiplicidad de formas de resistencia política de estas sociedades. Por esto mismo no resulta fácil explicar la irrupción masiva en las calles solamente en base a las causas profundas y estructurales del malestar, las disfunciones múltiples de los sistemas políticos árabes y la injusticia social. Se impone tener en cuenta esos antecedentes y ponerlos en relación con la articulación entre actores diversos operada en esta ocasión (Hernando de Larramendi, 2011; Ould Mohamedou, 2011). Ahora lo significativo ha sido en tres órdenes: lo cualitativo, su rápida maduración;

lo cuantitativo, el incremento del número de las revueltas y la participación popular; y lo espacial, su dimensión transnacional, la extensión de un país a otro.

Las movilizaciones de 2011 han sido sustancialmente diferentes a los disturbios, tumultos, explosiones colectivas de cólera o de las llamadas “revueltas del pan” de las décadas anteriores<sup>1</sup>. Las revueltas, tan frecuentes en los países árabes en las últimas tres décadas, son estallidos violentos puntuales y localizados, en torno a temas concretos (carestía de productos de primera necesidad, un accidente), provocados por la falta de canales de expresión y que materializan el divorcio entre la población, en especial los jóvenes, y el Estado (Bertho, 2010). Responden a un contexto social y político, un acontecimiento activador y la movilización de subjetividades colectivas que emergen abruptamente; pero ni son revoluciones ni tienen potencial para perdurar en el tiempo y se eclipsan por sí solas. En cambio las protestas de 2011 han sido masivas y han perdurado varias semanas ganando en intensidad. Se extendieron por varias ciudades y en algunos lugares ocurrieron en el interior del país, han implicado a una población muy diversa y desplegado un variado repertorio contestatario (manifestaciones, huelgas, ocupaciones de lugares simbólicos). Estas singularidades las alejan radicalmente de las revueltas y las acercan más a las protestas ciudadanas y a los movimientos de contestación que vienen dándose en las dos últimas décadas. Se inscriben por lo tanto en un proceso, un *continuum* de acción colectiva que engarza experiencias previas con la explosión reivindicativa masiva de las primaveras árabes de 2011 y que continúa con las posteriores movilizaciones y otras formas de acción colectiva prodemocráticas en la transición.

Este artículo tiene por lo tanto el objeto de disociar las movilizaciones populares de 2011 de las revueltas anteriores, y ponerlas más bien en relación con prácticas de contestación más estructuradas, que se han acelerado y extendido, confirmando así un *continuum contestatario*. Para ello habría que remontarse a los antecedentes más inmediatos de resistencia, contestación y movilización reivindicativa, ejemplificados en algunos de esos países, para analizar cómo se articuló la acción colectiva en los momentos álgidos de la protesta, e identificar a los actores protagonistas y los procedimientos de movilización. Estos elementos permitirán valorar el papel de las organizaciones sociales no sólo durante las protestas, sino también en las transiciones en marcha.

La propuesta de análisis en torno al *continuum contestatario* quiere poner de relieve el carácter procesual de la acción colectiva; una continuidad que no excluye altibajos o períodos de menor agitación pero en la que predomina una dinámica secuencial. Por esto mismo presta especial atención a los antecedentes: valora las experiencias previas, la adaptación

de repertorios, la consolidación de prácticas y la acumulación de fuerzas, elementos que permiten explicar la capacidad de articulación entre actores diversos. Y finalmente sostiene que las acciones colectivas de resistencia y de contestación son respuestas naturales en contextos autoritarios y no democráticos o en situaciones de crisis y que las sociedades árabes no constituyen ninguna excepción.

Mediante el uso de fuentes secundarias y literatura reciente sobre los movimientos sociales y las organizaciones de la sociedad civil en los países árabes, así como análisis de las protestas en cada país, se indagará primero en los actores (los movimientos sociales clásicos y de nuevo cuño en los países árabes en las últimas dos décadas, el desarrollo de la llamada sociedad civil y del espacio público que conlleva, y el protagonismo creciente del activismo ciudadano), se apuntarán las principales áreas en las que se ha expresado la contestación organizada, y finalmente se ilustrará el *continuum contestatario* en 2011 y 2012 con los ejemplos tunecino y egipcio.

## **Movimientos sociales, sociedad civil y ciudadanía**

Los estados árabes contemporáneos encarnan un doble fracaso económico y político. Por un lado han sido incapaces de garantizar el desarrollo económico y el bienestar social que esperaban sus poblaciones tras alcanzar las independencias. Las limitaciones de recursos naturales o la dependencia rentista del petróleo, el crecimiento demográfico, el papel subsidiario en el mercado global, las relaciones neocoloniales, la mala gestión pública, la corrupción, los conflictos y la escasa integración regional, les han incapacitado para satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos. En las últimas tres décadas, la aplicación de políticas de ajuste y reformas liberalizadoras, orientadas por los organismos financieros internacionales, han dado lugar a un cierto crecimiento económico pero acentuando la desigualdad, la pobreza y la exclusión.

En el plano político, a pesar de las reformas introducidas en las últimas dos décadas, las democratizaciones han sido superficiales y no han modificado la esencia de los sistemas políticos. Prueba de ello es que ningún estado árabe sale bien parado en las clasificaciones internacionales (rankings) sobre democracia, libertades o buen gobierno. Independientemente de que sean repúblicas o monarquías, sean economías rentistas o no, todos los estados se caracterizan por su autoritarismo, su debilidad en materia de estado de derecho y su escaso respeto a los derechos fundamentales. Dejando aparte las petromonarquías absolutas de la Península Arábiga, en los años 2000 en algunos países se fue extendiendo una aparente separación de poderes, había elecciones periódicas, parlamentos

y un cierto pluralismo, pero todo ello distaba mucho de un verdadero sistema democrático que garantizara las libertades y posibilitara una competición política real. Asimismo en muy pocos países los partidos políticos de oposición podían desempeñar su función o pretender acceder al poder por cauces institucionales. Desde 2002, los informes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) sobre el Desarrollo Humano en los países árabes, repiten que la falta de democracia lastra el desarrollo de estos países en todas sus dimensiones (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2012).

Este marco autoritario, con un campo político y un espacio público muy limitados, no ha podido evitar que la población proteste, reivindique sus derechos ciudadanos, reclame justicia social y se organice en pro de cambios sociales y políticos. Las consignas de “pan, libertad, justicia social, dignidad humana” enarboladas en 2011 ni son novedosas ni han sido específicas de las primaveras árabes, se repiten desde hace años tanto en estallidos puntuales de protesta, en luchas sociales locales, como en movimientos reivindicativos de mayor alcance. Varios autores han estudiado las revueltas (Le Saout & Rollinde, 1999) así como las prácticas organizativas y movilizaciones de trabajadores, desempleados, activistas o minorías en los países árabes (Bayat, 2000; Beinin & Vairel, 2011; Bozzo & Luizard, 2011; Norton, 1995; Stephan 2009). Estos movimientos de acción colectiva son los antecedentes e inscriben lo ocurrido en 2011 en procesos de larga duración.

De esta forma, a pesar de darse en contextos políticos no propicios, represivos y hostiles, se han desarrollado diversas formas de acción colectiva con fines sociales y políticos, consentidas o fuera de los márgenes de la legalidad, así como diversas formas de auto-organización ciudadana en torno a intereses específicos. Esto último ha tenido lugar tanto en los movimientos sociales clásicos que han reemergido como a través de nuevas formas de organización de la sociedad civil. Podemos señalar tres modalidades de actores: los movimientos sociales, el nuevo entramado organizativo y el incipiente espacio público de la sociedad civil, y a nivel individual la emergencia de la ciudadanía.

Un problema significativo es que los estudios sobre movimientos sociales en los países árabes han sido mucho menos numerosos que los desarrollados en otras áreas geográficas. De hecho, el debate teórico sobre los movimientos sociales apenas ha tenido en cuenta las experiencias árabes. Sin embargo, tal como señalan Beinin & Vairel (2011), África del Norte y Oriente Medio proveen de numerosas experiencias en las últimas tres décadas que enriquecerían este debate, especialmente en lo que se refiere al desarrollo de iniciativas de protesta en contextos autoritarios y con limitadas posibilidades de movilización.

Siguiendo a Della Porta y Diani (2011) con el término “movimientos sociales” nos referimos a formas de acción colectiva, organizada, cuyo objetivo es introducir cambios ante una situación (de dominación, explotación, injusticia). Por su naturaleza esta acción conlleva un componente de protesta, confrontación, transgresión y conflicto. Asimismo implica también un elemento de solidaridad entre sus miembros, por lo que un elemento clave es la identidad compartida de los que se movilizan (sea alienación, o identidad cultural o nacional). ¿Pero a qué movimientos sociales nos referimos exactamente en los países árabes? Los movimientos de liberación nacional y los partidos políticos que llevaron a cabo las independencias o que se hicieron con el poder mediante golpes de estado o revoluciones, desarrollaron sistemas políticos autoritarios de partido único o con hegemonía del partido gubernamental. A estos Partidos-Estado se articularon frentes sociales nacionales, organizando a las mujeres, jóvenes y estudiantes, obreros y campesinos. Estas organizaciones, en su origen y definición formal asimilables a los movimientos sociales clásicos, pronto se desvirtuaron en estructuras totalmente dependientes, apéndice del partido y vía de acceso a las burocracias. Sin representatividad, dejaron de tener cualquier capacidad de ejercer crítica o de actuar como contra poder. Perdieron su legitimidad histórica y se convirtieron en instrumentos de encuadramiento y de control de la población. Sin embargo, en ciertos casos, algunas de estas estructuras pudieron mantener cierta representatividad y conservar cierto pluralismo interno, en gran medida porque parte de sus principales dirigentes no sólo eran nacionalistas sino socialistas y comunistas. Así, aunque sólo se consintieran organizaciones únicas, en su seno pervivieron o se desarrollaron corrientes y grupos disidentes. El sindicalismo obrero y las uniones nacionales de estudiantes constituyeron un refugio para la izquierda.

Sin embargo, a pesar de la cooptación de los movimientos sociales tradicionales por los regímenes, en las últimas décadas, y en contextos que siguieron siendo hostiles, se conformaron otras estructuras de acción colectiva equivalentes a los llamados nuevos movimientos sociales de otras latitudes. Movimientos más amplios y de contornos menos nítidos, diversos en sus demandas y con reclamaciones más específicas, en algunos casos con núcleos organizados y politizados. Sin pretender exhaustividad alguna, se pueden señalar cuatro grandes objetivos en torno a los cuales se han articulado estos movimientos: 1) *La justicia social y económica*, con movimientos relacionados con los derechos laborales. Algunos de éstos a modo de sindicatos independientes y alternativos (en Argelia, Egipto, Palestina o Túnez); por el empleo, como los movimientos de diplomados en paro (Marruecos, Argelia); contra la pobreza y la exclusión; por la vivienda (Egipto); o contra la desposesión de tierras (Egipto). 2) *Las deman-*

*das de democratización*. En diferentes momentos se han articulado frentes heterogéneos por la democracia (Kuwait), contra la corrupción o contra la perpetuación hereditaria del régimen (Egipto), campañas ciudadanas por la limpieza de las elecciones, o contra el sectarismo en la política (Líbano). 3) *Las reivindicaciones nacionales o identitarias*. La cuestión del autogobierno, el derecho a la autodeterminación, el reconocimiento de la diversidad cultural o las demandas de plena ciudadanía han dado pie a movimientos de gran amplitud y apoyo social. Estas cuestiones se han expresado en situaciones de ocupación (Palestina, Golán sirio, Sahara Occidental), en torno a demandas autonomistas-secesionistas (Yemen del sur), en pro de un reconocimiento identitario (movimientos *amazighen* en el Magreb) o de una plena ciudadanía (palestino-israelíes, palestino-jordanos). 4) *La transformación social con motivación confesional*, relacionada con la antigua acción colectiva de inspiración musulmana basada en la ayuda mutua y dirigida a la reislamización social y la construcción de una sociedad paralela con servicios alternativos. En este ámbito surgirán formaciones políticas de oposición (islam político) o que se integrarán en el sistema político.

En paralelo a esta dinámica, en los países árabes se articuló a partir de los años ochenta un entramado asociativo de nuevo tipo a modo de sociedad civil. Al igual que en otras regiones, la aplicación de los planes de ajuste estructural, las reformas y la retirada del Estado, vinieron asociados a un discurso sobre la necesidad de desarrollar un espacio público complementario al proyecto de liberalización económica. Se requería que nuevos actores propiciaran una acción colectiva para recrear tejido social y orden ciudadano. Así, con el consentimiento o el apoyo de las autoridades y con la presión de los donantes, se crearon nuevas asociaciones para promover la participación, apoyar a los emprendedores, y contribuir a las reformas políticas. Este contexto también fue aprovechado por activistas críticos que encontraron en este nuevo espacio asociativo, una posibilidad de actuación, de control o de denuncia. Por lo tanto, al igual que ciertos movimientos sociales clásicos, una parte de esa sociedad civil fue también refugio para opositores que no disponían de vías de participación en la política institucional. Un caso ilustrativo es el asociacionismo profesional (colegios de abogados, médicos, periodistas o profesores), de carácter gremial y corporativista, que ha sido ocupado tanto por opositores laicos (Túnez) como por afines al islam político (Egipto, Jordania) que lo han convertido en una plataforma política.

La combinación de una dinámica externa y oficial y otra desde la propia sociedad contribuyó a la creación de multitud de asociaciones, fundaciones y organizaciones no gubernamentales, dedicadas a los temas más diversos, aprovechando el marco legal establecido para ello y pudiendo

recurrir a recursos públicos nacionales o al apoyo externo. No obstante el desarrollo de organizaciones de sociedad civil ha sido muy desigual en los países árabes. El marco legal y político no siempre ha sido propicio y en la mayor parte de los países resulta a todas luces limitado y restrictivo para el desarrollo de un tejido social y asociativo libre y dinámico; de hecho casi todos los países han tenido serias limitaciones en este campo, mientras que en otros ha sido prácticamente imposible vertebrar espacio público ciudadano alguno, como en Arabia Saudí, el Golfo, Libia, Siria (Kienle, 2011; REMDH, 2010).

A diferencia de los movimientos sociales, estas organizaciones civiles han tenido menores dimensiones, y frecuentemente son simplemente estructuras de unas decenas o centenas de miembros. Su objeto ha sido influir en la toma de decisiones y democratizar las reglas del juego, participar en el debate público, crear experiencias alternativas que tuvieran un efecto demostrativo.

Así, a partir de los años noventa, en la mayor parte de los países árabes se configuró un incipiente espacio público generalmente conformado por asociaciones relativamente pequeñas, en que intervienen actores diversos y motivados, que definen un nuevo activismo social (o militantismo profesional) en torno de causas particulares o intereses públicos y privados. Esta nueva esfera no se limita al debate y a formular propuestas, también es un espacio de contestación que sirve de refugio para opositores o para formar políticos, y en el que intervienen tanto laicistas modernizadores como tradicionalistas. Algunos han visto en esta dinámica una trasposición de los planteamientos liberales e individualistas, en detrimento de una acción colectiva autónoma y de amplio alcance propia de los movimientos sociales (Hanafi & Tabar, 2005; Jad, 2004).

Estas entidades civiles intervienen en multitud de campos que van desde el desarrollo económico y social, la educación, el desarrollo comunitario, la salud, la preservación del patrimonio hasta el medio ambiente. Si bien algunos son más sensibles desde el punto de vista político, como son los derechos humanos, la lucha contra la arbitrariedad y la violencia de las autoridades, los derechos de la mujer, la libertad de expresión, la lucha contra la corrupción, la transparencia y limpieza de los procesos electorales, la educación ciudadana y política o la observación electoral, interviniendo de manera relevante en la lucha por las reformas democráticas. Otra singularidad de este nuevo espacio público árabe es que, tal como señala Kaldor (2005) al definir la nueva sociedad civil global, las asociaciones se articulan con sus homólogos de otros países, tanto en la esfera inter-árabe como también con Europa, Turquía, África o las Américas, en redes y plataformas temáticas. Esta dimensión de su actividad posibilita difundir información, denuncias y concertar esfuerzos. Con todo ello es



innegable que esta nueva sociedad civil ha desempeñado un importante papel en la construcción de ciudadanía.

Finalmente cabe señalar un tercer ámbito relevante en materia de contestación, relacionado con el individualismo y el auge de la conciencia ciudadana, se trata del aspecto más difuso de la contestación individual ciudadana. Con las mejoras educativas, las mutaciones demográficas y sociales, la penetración de los medios de comunicación globales y la creciente secularización social, se ha conformado y extendido una voluntad de plena ciudadanía y de participación en la comunidad política. Esta afirmación de la ciudadanía supone reconfigurar la relación social vigente y se concreta en la exigencia de participación en la toma de decisiones, en el debate público y en la acción colectiva. La ciudadanía, como lazo social determinado por la realidad concreta (es decir como relación de fuerza), supone también —como los movimientos sociales— una imposición, forzar el margen político, el estatuto y la práctica del miembro de una comunidad. Esto también supone un conflicto pues, a través de la historia y en diversos países, la ciudadanía se ha adquirido mediante luchas sociales y nunca es totalmente obtenida de una vez para siempre (Schnapper, 2000).

Esta afirmación del individuo con derechos y con voluntad de participación, que se revuelve contra el autoritarismo y la corrupción, que exige dignidad y respeto, es la antítesis de la representación del árabe pasivo y resignado, anulado por el poder autoritario o totalitario. Se impone así, especialmente entre los más jóvenes, un yo autónomo, desapegado de las jerarquías tradicionales, sean estas autoridades familiares, religiosas o políticas. Por ello en contextos opresivos el ciudadano despliega formas de contestación a pequeña escala, que se materializan en el ámbito privado o anónimamente, y que tendrán en la comunicación pública o en la creación artística posibilidades de desarrollo. Esta ciudadanía activa genera y comparte opinión (búsqueda de espacio propio, local o internacional), rompe con corsés sociales, crea redes entre afines y nuevas interacciones, aunque su visibilidad sea inevitablemente menor que la de un movimiento. El individuo ciudadano se inserta así en un nuevo paradigma social y desarrolla nuevas formas de relacionarse y de comunicarse. La disidencia, la rebeldía o la protesta se manifestarán de manera muy particular en el arte, politizando la creatividad.

A lo largo de las últimas décadas vemos por lo tanto como en los países árabes, con regímenes autoritarios liberalizados o represivos, se conformaron nuevos espacios de crítica, de disidencia o de resistencia. Esto ocurrió especialmente en el ámbito urbano, aunque también en las zonas rurales y las provincias del interior, con múltiples expresiones de contestación (protestas clásicas, militantismo social en pequeña escala, disidencia individual) y nuevas formas de activismo, que completan el militantismo

más politizado y tradicional, en una ampliación del repertorio contestatario. Y aquí cabe señalar algunas singularidades.

Esta contestación multiforme y descentralizada resulta inevitablemente más difusa que la de los movimientos sociales y políticos clásicos, y por ello limita la emergencia de liderazgos personalizados de ámbito nacional, como fue el caso de los líderes políticos o sindicales en las luchas de independencia. No sólo porque las autoridades los perciben como opositores y se encargan de eliminarlos, sino porque las personalidades más activas y con mayor carisma no se conocen ni concitan apoyos populares amplios.

En las nuevas formas de acción colectiva y de protesta, la comunicación adquiere mucha mayor importancia que en los movimientos sociales clásicos. La profusión de diversos medios, de acceso fácil (telefonía, prensa audiovisual, internet y redes sociales) permite contornear la censura, generar información alternativa, difundirla y recabar apoyos. La colaboración y el trabajo en red, tanto entre afines e iguales, como entre movimientos de diferente naturaleza es una práctica que se experimenta y extiende. Por ejemplo en 2008 en Egipto los jóvenes ciberactivistas apoyaron las huelgas de los obreros; mientras que las asociaciones de derechos humanos trabajan, también ciberactivamente, con las iniciativas de control civil de las elecciones o con las plataformas políticas, etc. Finalmente otro rasgo es el recurso a formas pacíficas de contestación (Stephan, 2009), no sólo porque las estructuras organizativas se mueven en un marco legal determinado, sino por los riesgos de respuestas violentas desproporcionadas a las que les tienen acostumbrados los regímenes (muertos, heridos, encarcelados a raíz de manifestaciones violentas). Esto no quita para que persistan las revueltas o que algunas protestas deriven en enfrentamientos. Por ejemplo la movilización pacífica de los saharauis de El Aaiún acaba con violencia tras el desmantelamiento del campamento de Gdeim Izik en noviembre de 2010, o bien la recurrente violencia en los campos de fútbol convertidos en espacios de contestación política (Amara, 2012; Dorsey 2011).

La acumulación de experiencias de acción colectiva será especialmente significativa en algunos ámbitos, entre los que podemos señalar el mundo del trabajo, el nuevo activismo juvenil y la nueva cultura política de la ciberdisidencia. Es decir, el activismo digital a través de redes sociales por internet que protagonizan individuos a veces organizados en redes, haciendo uso de la información, la tecnología y la transnacionalidad, y que explotan las posibilidades de una comunicación libre y alternativa al servicio de la disidencia, en lo que constituye una nueva cultura de la contestación, desempeñando los tres un papel importante en 2011.

La acción colectiva en torno a las exigencias de justicia social, y en particular de empleo y de condiciones laborales dignas, es de una impor-

tancia singular. En la casi totalidad de los países hay múltiples organizaciones que actúan en este ámbito ante la situación de creciente deterioro de las condiciones de vida y de precariedad, así como por la ineficacia de las organizaciones sindicales oficiales. En algunos casos son sindicatos independientes o estructuras locales de trabajadores, en otros ONG que trabajan en defensa de los derechos sociales y económicos. Las huelgas y las acciones reivindicativas locales han sido una realidad muy extendida aunque acallada por los medios oficiales. El masivo desempleo de los jóvenes, prolongando su dependencia familiar, es otro móvil de la protesta. A esto se unen las protestas recurrentes de la población por el encarecimiento de los productos de consumo y los servicios básicos (por la eliminación de subvenciones) y las más articuladas campañas contra los recortes del gasto público. Argelia, Túnez y Egipto vivieron numerosos e importantes conflictos sociales en los últimos años. En varios países las primeras protestas de 2011 tienen móviles sociales (pan, empleo, aumento salariales) y algunos observadores han apuntado las raíces obreras de las movilizaciones en Túnez, Egipto, Argelia o Yemen. Sin embargo, aunque las primaveras árabes se iniciaran con demandas de justicia social y las huelgas fueran fundamentales, este hecho se ha difuminado por la rápida politización y por las narrativas desarrolladas por los medios de comunicación (Smith & McConville, 2011). En todo caso este protagonismo no se disolverá totalmente con la masificación de las protestas, siempre habrá un componente obrero, y en algunos casos las huelgas generales serán determinantes en el desarrollo de los acontecimientos.

Un segundo ámbito relevante es el del activismo social y político de los jóvenes. La contestación en auge en la última década tiene un indudable componente generacional, por razones demográficas (los países árabes viven un momento de plétora juvenil) como socio-culturales. Su protagonismo es evidente, como en cualquier protesta, no solamente porque actúen de forma espontánea y se sumen a la fiesta revolucionaria. En los últimos años ha habido un creciente activismo político de los jóvenes, particularmente en algunos países como Egipto, Yemen y Marruecos, aunque los medios de comunicación subestimaron su potencial movilizador y de cambio. En algunos casos se dio una llamativa articulación de estos jóvenes con las fuerzas políticas de oposición y con los movimientos sindicales.

Finalmente, un tercer ámbito es el del ciberactivismo y de la ciberdisidencia. Este activismo hace de lo digital un nuevo espacio público y político; primero un espacio de substitución, entre lo local y lo transnacional, y luego un campo articulado con el resto de la contestación. Los ciberdisidentes, extremadamente diversos y anónimos, han sido capaces de salvar la censura, bloquear los aparatos de propaganda, propiciar la participación directa (por ejemplo aplicando a las manifestaciones las estrategias

de enjambre) y logrando apoyo local e internacional (por ejemplo en enero de 2011 los ciberactivistas tunecinos reciben el apoyo de miembros de la red internacional Anonymous y colapsan los sitios gubernamentales). Este tipo de acción, por su radicalidad, libertad, desafío y provocación, contribuye a ampliar la contestación y alimenta la identificación común, dinámica que luego será ahondada y ampliada por otros movimientos sociales. Sin embargo, de manera precipitada, se ha sobreestimado la importancia del uso de las tecnologías de la información y comunicación en las revueltas y cabe preguntarse si las tecnologías han favorecido realmente la movilización política o han sido simples aceleradores de la movilización (González-Quijano, 2011a).

## 2011, diversidad y *continuum* de la contestación

En todos los países se han ido generando espacios y prácticas de contestación, a muy diferentes escalas (actuaciones individuales, de pequeños grupos y movimientos de masas), ámbitos (a nivel local, nacional, transnacional), en torno a diferentes temática y con muy diferente capacidad de incidencia política. En algunos casos, esta evolución servirá de base para las movilizaciones que se desencadenan a raíz de las protestas en Túnez y Egipto. Precisamente estos dos casos ilustran de manera clara el *continuum* contestatario en el que se inscriben los acontecimientos de 2011, enlazando la diversificación y la aceleración de las movilizaciones operadas en los últimos años, con el papel de ciertos movimientos en las protestas y su presencia en el escenario político de la transición.

A pesar del aparente liberalismo del régimen tunecino, Ben Ali lo había convertido en uno de los más autoritarios de la región. El pluralismo, la libertad de expresión y de organización eran una ficción. El control, la censura y la represión habían hecho del país un caso paradigmático de autoritarismo con rostro liberal, limitando el espacio público e imponiendo enormes dificultades para la acción ciudadana independiente.

Este país tenía una larga tradición de movimientos sociales, algunos anteriores a la independencia, pero éstos fueron progresivamente cooptados. La central sindical Unión General de Trabajadores de Túnez (UGTT), dotada de una fuerte legitimidad histórica y uno de los pocos sindicatos árabes considerados verdaderamente representativos, se debatió durante décadas entre momentos de complicidad y de enfrentamiento con el poder. A pesar de ello sirvió de refugio para los opositores y en su seno convivían tendencias diversas. A su vez, en los años ochenta y noventa aparecieron numerosas asociaciones de mujeres, de derechos humanos, de periodistas o de jueces demócratas. Ante el total colapso del sistema político y la fala-

cia del pluralismo, el mundo asociativo independiente se convirtió en el principal reducto de la oposición, siendo objeto de un hostigamiento total. Estos espacios fueron creados en particular por las asociaciones pro derechos humanos, como la Liga Tunecina de Derechos Humanos, las organizaciones de mujeres y las de profesionales de diferentes sectores (Gobe, 2010). El cierre de espacios de acción colectiva, la censura y la represión activaron también una importante disidencia individual, desde el mundo de la creación al de la resistencia en el ámbito virtual.

Si bien hay numerosos casos de movilizaciones y choques con las autoridades, entre los prolegómenos de la primavera árabe tunecina ha de señalarse el gran movimiento contestatario de la cuenca minera de Gafsa en 2008 (Chouikha & Gobe, 2009). En una región con una importante historia de luchas obreras, las protestas empezaron siendo de carácter laboral, protagonizadas por desempleados, trabajadores mal pagados y familiares de víctimas de accidentes, pero pronto la represión contribuyó a su politización, ampliación y extensión. En solidaridad se sumaron otros movimientos sociales y el impacto alcanzó la capital y tuvo ecos fuera del país. La duración del conflicto y su amplitud obligaron al gobierno a ceder y la UGTT se vio sobrepasada. Tras varios meses el gobierno asumió algunas de las demandas y terminó por liberar a los detenidos. Se puso así de manifiesto el potencial de un movimiento de este tipo que logró implicar grupos muy diversos.

De la misma manera, las protestas de finales de 2010 fueron originalmente de carácter social en un escenario de la periferia del país (las regiones empobrecidas del interior). La acción inicial fue la denuncia por parte de desempleados y campesinos de su situación de marginalidad. En este caso sus protestas recibieron el apoyo de las estructuras locales de la UGTT y de diversas asociaciones iniciando el efecto de agregación. En el momento que las protestas llegaron a Túnez, el volumen de los implicados y la identificación con las demandas, hicieron que se le agregasen estudiantes, diplomados en paro y la propia dirección nacional del sindicato; y se dieran las condiciones para la masificación, en gran medida estimulada por la propia represión de los primeros momentos y los titubeos del gobierno. En la ciudad, la protesta se politizó totalmente, se perdió el miedo y se focalizó en el presidente la principal demanda: su renuncia al poder. Las huelgas que se extendieron por las grandes ciudades harían bascular la situación.

Lo singular del caso tunecino, aparte de inaugurar la dinámica regional y servir de efecto demostrativo, es que muy pronto los movimientos sociales y las asociaciones civiles participaron directamente en la transición. El hecho de que hubieran sido refugio de opositores, y de que encarnaran la nueva legitimidad revolucionaria, contribuyó poderosamente a ello. Por lo tanto organizaciones de mujeres, de derechos humanos y

sindicalistas se implicaron en las instancias de transición (como la Alta Instancia para la Realización de los Objetivos de la Revolución). Al mismo tiempo se operaron dos fenómenos en los meses siguientes. Una eclosión asociativa: tras años de restricciones, se empezaron a crear asociaciones de todo tipo, incluido de carácter sindical. En segundo lugar se extendió la contestación, tanto de carácter político (las reocupaciones del centro de la ciudad por las marchas de protesta provenientes del interior), como de carácter laboral (huelgas por mejoras salariales, etc.). Tras iniciarse el proceso de reforma constitucional y de elección de un nuevo gobierno, se fue articulando una nueva relación entre poder político y movimientos sociales en los que estos asumirán la tarea de vigilancia y de presión.

En el caso egipcio volvemos a encontrar un régimen autoritario con apariencia toscamente liberal y pluralista. Amparándose en la ley de emergencia, cercenaba los derechos fundamentales y ahogaba cualquier espacio público autónomo, lo que sin embargo no pudo impedir una profusión de campos y formas diferentes de contestación. La última década estuvo marcada por una aceleración y multiplicación de las protestas, sin parangón en los últimos 50 años. Especial relevancia tuvieron las de carácter social y en el mundo laboral las protestas de obreros, empleados y funcionarios (Ben Néfissa, 2010), las reivindicaciones de coptos y beduinos del Sinaí, los movimientos de resistencia de los campesinos desposeídos de sus tierras (Amin, 2005; Bush, 2011), el activismo juvenil (El Ghobashy, 2011; Shehata, 2008), pero también las movilizaciones de carácter político como el Movimiento Egipcio por el Cambio creado en el 2004 (también llamado Kifaya), las campañas contra la sucesión hereditaria presidencial o contra el pago de la deuda externa, los movimientos multitudinarios de solidaridad con Palestina o con Iraq. En todos los casos las demandas parciales tendían a politizarse y se convertían en protestas antigubernamentales.

A partir de 2003, la ola de liberalización, privatizaciones y desmantelamiento de sectores industriales agudiza los conflictos laborales. De hecho, al igual que en Túnez sería un conflicto laboral el principal antecedente de movilización de gran envergadura: el movimiento huelguístico en el centro industrial de Mahallah al-Kubra en 2008 (Beinin, 2010, 2011). Las huelgas promovidas fuera del marco del sindicato único oficial generaron apoyos por parte de diferentes actores políticos y sociales, e inauguraron una articulación novedosa entre las demandas de justicia social y las demandas políticas (Clément et al., 2011). De hecho el Movimiento Juvenil 6 de Abril, uno de los impulsores de la protestas de enero de 2011, se formó por jóvenes que secundaron estas huelgas.

Cabe señalar dos hechos relevantes operados en este terreno en las dos últimas décadas. Se multiplicaron los movimientos y las organizacio-

nes sociales de todo tipo, convirtiéndose en objeto permanente de control por parte de los servicios de seguridad. La sociedad civil, los sindicatos y demás movimientos sociales fueron percibidos como una amenaza y sometidos a una vigilancia especial, particularmente si disponían de una cierta base social o tenían vínculos internacionales (Tadros, 2011). Y por otra parte se operó una creciente articulación entre los actores sociales y políticos de oposición a nivel local, pero también a nivel transnacional a través de redes regionales árabes e internacionales (Abdelrahman, 2011).

En 2011, inspirados por los acontecimientos en Túnez, las primeras protestas con demandas políticas fueron llevadas a cabo por jóvenes de clase media. Rápidamente ganaron volumen al lograr agregar multitud de actores, en particular trabajadores y excluidos-empobrecidos con demandas específicas, poniendo en valor las experiencias previas. Esta demostración de pérdida del miedo, junto con las huelgas en diversas ciudades y sectores que paralizaban toda actividad, contribuyó a implicar masivamente a la población. No obstante, cabe señalar que en Egipto las protestas difirieron según las regiones, implicando a diferentes actores; en las grandes ciudades dominaron las demandas políticas prodemocráticas, en las ciudades medias e industriales las cuestiones de justicia social y empleo, y en las regiones periféricas las reivindicaciones de igualdad y el fin de su marginación.

A diferencia de Túnez, la singular transición pilotada por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas se limitará a involucrar a los actores políticos. Los movimientos sociales seguirán por lo tanto en el ámbito público, desempeñando un papel más crítico y de vigilancia. Las manifestaciones masivas durarán un corto tiempo, hasta lograr la deposición del presidente, pero proseguirán protestas minoritarias. De hecho, en Egipto los movimientos sociales y las asociaciones se perciben como elementos que provocan inestabilidad y muchos activistas serán detenidos, juzgados por la jurisdicción militar, y el papel de las organizaciones extranjeras que trabajan con ellos será sometido a escrutinio por parte de las autoridades, provocando fricciones diplomáticas.

La llamada “revolución de Tahrir” va a suponer también una activación del tejido asociativo y una apertura del espacio público. A pesar de mayores restricciones en materia de derecho a la huelga y de organización, las luchas obreras se extienden por todo el país, se rompe el sindicalismo único y se crean sindicatos independientes. Plataformas informales de jóvenes se consolidan y coordinan entre sí. Un hecho destacado será el papel de las organizaciones de la sociedad civil en el proceso constituyente; en abril de 2012 lograrán que un tribunal impugne la formación del comité encargado de redactar la nueva carta magna, forzando al Parlamento a dar más cabida a personalidades independientes.

Estos dos casos permiten apuntar algunos elementos sobre la última fase del *continuum* contestatario. La participación de los movimientos sociales y de las organizaciones de la sociedad civil después del clímax revolucionario será muy diferente según los países. Donde preexistían y desempeñaron un papel relevante en las protestas y en el cambio de régimen, se ven como detentadores de una legitimidad revolucionaria que les lleva a exigir un cierto protagonismo en las transiciones. En algunos casos serán actores relevantes interviniendo en las reformas y en los procesos constituyentes, desde dentro del sistema o desde fuera; en otros apenas tendrán influencia o serán objeto de intentos de cooptación por parte de los gobiernos.

En Túnez, la sociedad civil desempeña un papel destacado en la articulación del consenso por la transición (de enero a octubre de 2011), participa en las instituciones interinas previas a la elección de la Asamblea Constituyente y logra varios de sus objetivos, como el derecho de voto para los emigrantes, un control electoral independiente, y la formación de varias personalidades destacadas de los movimientos asociativos que integraron el nuevo sistema político. En Egipto los movimientos sociales y la sociedad civil actúan como contrapoder en la calle. En alianza con las fuerzas de oposición se convierten en los principales críticos de la Junta Militar y del gobierno interno, ganándose la mayor parte de la represión. En Marruecos el régimen toma rápidamente medidas preventivas y plantea reformas políticas. Su estrategia es evitar que el Movimiento 20 de Febrero, que agrupa a jóvenes, algunos sindicatos y asociaciones, logre aglutinar más apoyos y hacerse masivo. Para ello intentará cooptar a una parte de la sociedad civil, haciéndola participar en la elaboración de la nueva constitución o integrándola en instituciones consultivas.

## Conclusiones

Las movilizaciones populares de 2011 constituyen un momento álgido en una dinámica y dentro de un *continuum* contestatario. Con el tiempo podremos saber si se trata de nuevo ciclo de los movimientos sociales árabes, con nuevos parámetros y un nuevo repertorio de recursos, pero en todo caso ha sido un momento único de máxima efervescencia política y de acción colectiva que alcanzó visibilidad mundial gracias a la irrupción de la población civil en el espacio público. Estos eventos representan un salto cuantitativo y cualitativo en la experiencia de movilización colectiva de las sociedades árabes que ostentan un bagaje y aprendizaje acumulado a lo largo de las últimas décadas.



Este movimiento social fue el resultado de la combinación de causas objetivas (injusticias sociales, frustración de jóvenes, falta de democracia, impunidad, anulación del ciudadano) y de situaciones menos previsibles como la intervención de un elemento activador o desencadenante (un accidente, o lo que ocurre en un país vecino), así como la capacidad de algunos actores para organizar la movilización de subjetividades colectivas que emergieron y se impusieron como elementos unificadores. Por esto mismo los acontecimientos han sido tan diferentes de un país a otro; y no sólo por los diferentes contextos, sino principalmente por las diferentes capacidades de articulación de los actores más dinámicos. Un caso paradigmático es Argelia, país con una alta conflictividad social, pero en el que, dada la debilidad y fragmentación de las organizaciones, no se ha pasado de las revueltas locales y espontáneas a un movimiento amplio en el que se reconozca la mayoría de la población.

En cada país el *continuum* de las protestas está marcado por singularidades locales que tienen que ver con la historia, el papel y las capacidades de los actores sociales y políticos. En muchos de ellos destacan los movimientos sindicales, el nuevo activismo juvenil y las asociaciones de derechos humanos. En países con situaciones particulares, la ola de protestas se traduce en manifestaciones moduladas por su contexto nacional o identitario. En los últimos años los movimientos sociales, las organizaciones civiles y del activismo ciudadano han ido en aumento, y en algunos países su implicación y participación activa en las movilizaciones de 2011 es evidente. La conjunción de estos actores, con experiencias previas, permitió la estructuración de las protestas y facilitó la precipitación de las movilizaciones masivas, sumando a grandes masas de población. Al igual que los jóvenes atrevidos que se lanzaron a la protesta, los obreros en huelga, los familiares de víctimas de violaciones de derechos humanos, los grupos minoritarios o los gremios de profesionales provocaron las primeras aglomeraciones que permitieron romper el miedo a manifestarse, inoculados por el poder, y lograron paralizar la actividad diaria de la ciudad dando una proyección unitaria y a gran escala de la protesta.

La singularidad de los acontecimientos de 2011 es que pusieron en evidencia que en determinadas circunstancias las protestas pueden masificarse hasta alcanzar dimensiones inesperadas. Si bien, como en muchas otras protestas, tuvieron un fuerte componente generacional, lograron sumar la diversidad del cuerpo social que por una u otra razón, de manera expresa o no, disienta del orden imperante. En segundo lugar, aunque responden a situaciones nacionales propias muy diferentes unas de otras, las protestas desbordaron el marco nacional, dando una apariencia de contagio y de ola revolucionaria, aunque sería más correcto analizar

este fenómeno en clave de emulación, de fuente de inspiración y de solidaridad. La propagación de las movilizaciones puso también en evidencia que a pesar de la falta de integración de la región y de la pervivencia de numerosos conflictos y tensiones ínter árabes, hay demandas similares y una subjetividad política compartida; lo que algunos han denominado un nuevo panarabismo popular o ciudadano.

Finalmente cabe señalar que el *continuum contestatario* tiene una dimensión contemporánea, en el marco de las transiciones y de las reformas en curso. La contestación popular no se ha disuelto con la puesta en marcha de las reformas, las elecciones o incluso la represión; al contrario, es un indicador permanente de que la población quiere ser escuchada, no admite dilapidar la experiencia de la ocupación de las plazas, exige cambios más profundos y probablemente no acepte una democratización cosmética que reduzca su participación política a unas cuantas consultas electorales. Con diferentes formas y a diferente escala los movimientos reivindicativos persisten y en ellos vuelven a estar presentes los mismos actores junto con otros nuevos generados en los últimos meses. Hoy su reto es definir un nuevo papel de los movimientos sociales y las organizaciones ciudadanas en las transiciones, un período por definición marcado por la incertidumbre, los cambios y las nuevas relaciones de fuerza.

**ISAÍAS BARREÑADA BAJO** es doctor en Ciencias Políticas y profesor asociado de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid. Sus temas de investigación comprenden la reforma política y democratización en los Países Árabes, sociedad civil y movimientos sociales, y los conflictos palestino-israelí y del Sahara Occidental. Es coautor de libros como *Conflictos en el ámbito internacional: aportaciones para una cultura de paz* (2008), *La Alianza de civilizaciones: seguridad internacional y democracia cosmopolita* (2006), *Redes sociales en Marruecos: La emergencia de la sociedad marroquí* (2004), y *España y la cuestión palestina* (2003).

## NOTA

1. Numerosos países vivieron las llamadas “revueltas del pan” (o de la sémola), que fueron generalmente respondidas con violencia por las autoridades ocasionando un alto número de víctimas: Egipto en enero de 1977 (70 muertos) y en 2008; Túnez en diciembre de 1983 y enero de 1984 (con varios centenares de muertos); Argelia en 1982 (Orán), 1985 (Argel), 1986 (Constantina y Sétif) y en octubre de 1988; Marruecos en 1981 (66 muertos en Casablanca), en enero de 1984 (Marrakech, Nador y Tetuán, con un centenar de muertos) y en 2007 (Se-frou); Mauritania en 1995; Jordania en abril de 1989 y agosto de 1996; Yemen en septiembre de 2007.

## REFERENCIAS

- Abdelrahman, M. (2004). *Civil society exposed. The politics of NGOs in Egypt*. London: I. B. Tauris.
- Abdelrahman, M. (2011). The transnational and the local: Egyptian activists and transnational protest networks. *British Journal of Middle Eastern Studies*, 38:3, 407–424.
- Álvarez-Ossorio, I. (2012): Syria's struggling civil society. *Middle East Quarterly*, Spring 2012, 19:2, 23–32.
- Amara, M. (2012). *Sport, politics and society in the Arab world*. New York: Palgrave Macmillan.
- Amin, S. (2005). La protesta del campesinado en Egipto. In S. Amin (Dir.) *Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI* (73–82). Barcelona: El Viejo Topo.
- Bayat, A. (2000). *Social Movements, Activism and Social Development in the Middle East*. Geneva: United Nations Research Institute for Social Development. Civil Society and Social Movements Programme Paper 3.
- Bayat, A. (2007). *Making Islam democratic. Social movements and the post-Islamism turn*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Bayat, A. (2009a). La “rue arabe” au-delà de l’imaginaire occidental. *Alternatives Sud*, 16:4, 139–154.
- Bayat, A. (2009b). *Life as politics. How ordinary people change the Middle East*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Beinin, J. (2010). *The struggle for worker rights in Egypt*. Washington: The Solidarity Center AFL-CIO.
- Beinin, J. (2011). A historical perspective on the popular uprising in Egypt. *The Human Experience*. Descargado de: <http://humanexperience.stanford.edu/beininegypt>, consultado el 3 de febrero de 2012.
- Beinin, J. & Vairel, F. (Eds.). (2011). *Social movements, mobilization and contestation in the Middle East and North Africa*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Ben Néfissa, S. (2010). Égypte: Nouvelles dimensions des protestations sociales. In *Etat des résistances dans le Sud: Monde arabe, 2010*. Bruxelles: CETRI.
- Ben Néfissa, S. & Destremau, B. (Sous la direction de) (2011). Protestations sociales, révolutions civiles. Transformations du politique dans la Méditerranée arabe. *Revue Tiers Monde*, hors série.
- Bertho, A. (2010). Les émeutes dans le monde en 2009: ethnographie de la colère. *La Revue Internationale et Stratégique*, 79, 75–85.
- Bozzo, A. & Luizard, J.P. (Eds.) (2011). *Les sociétés civiles dans le monde musulman*. Paris: Éditions La Découverte.
- Bush, R. (2011). Coalitions for dispossession and networks of resistance? Land, politics and agrarian reform in Egypt. *British Journal of Middle Eastern Studies*, 38:3, 391–405.
- Chouikha, L. & Gobe, E. (2009): La Tunisie entre la “révolte du bassin minier de Gafsa” et l’échéance électorale de 2009. *L’Année du Maghreb*, V, 387–420.
- Clément, F., Duboc, M. & El Shafei, O. (2011): Le rôle des mobilisations des travailleurs et du mouvement syndical dans la chute de Moubarak. *Mouvements*, 66, 69–78.

- Della Porta, D. & Diani, M. (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Editorial Complutense, CIS
- Dorsey, J.W. (2011): *Soccer: A Middle East and North African battlefield*. Paper, S Rajaratnam School of International Studies, Nanyang Technological University.
- Duboc, M. (2011). La contestation sociale en Égypte depuis 2004. Précarisation et mobilisation locale des ouvriers de l'industrie textile. *Revue Tiers Monde*, hors série 2, 95–116.
- Duterme, B. (2010). Contestation versus coercion dans le monde arabe. In *Etat des résistances dans le Sud - 2010. Monde arabe*. Bruxelles: CETRI.
- El Ghobashy, M. (2011). The praxis of Egyptian revolution. *MERIP*, Spring 2011, 41:1, 258, 2–13.
- EMFSHRD (2011). *Democratic change in the Arab Region. State policy and the dynamics of civil society*. Copenhagen: Euro-Mediterranean Foundation of Support o Human Rights Defenders.
- Emperador Badimon, M. (2009). El movimiento de los diplomados en paro en Marruecos. Desafíos a la improbabilidad de una acción colectiva. *Revista Internacional de Sociología*, 67:1, 29–58.
- Fergany, N. (2010). ¿Pueden los movimientos de protesta derrocar los regímenes autoritarios en la región árabe? El caso de Egipto. *Quaderns de la Mediterrànea*, 14, 322–325.
- Gobe, E. (2010). The Tunisian bar to the test of authoritarianism: professional and political movements in Ben Ali's Tunisia (1990-2007). *The Journal of North African Studies*, 15:3, 333–347.
- González-Quijano, Y. (2011a). Túnez, El Cairo: la revolución árabe y sus orígenes digitales. *Awraq*, 3, 87–96.
- González-Quijano, Y. (2011b). Don't be evil! Révolutions virtuelles sur un Net pas très net. *Culture et Politique Arabes*, post 18 avril 2011. Descargado de <http://cpa.hypotheses.org/2626>. Consultado el 20 de junio de 2011.
- González-Quijano, Y. (2011c). De la subcultura globalizada a la contracultura revolucionaria. *Afkar/Ideas*, 30, 97–99.
- Hamzawy, A. (Ed.) (2003). *Civil Society in the Middle East*. Berlin: Verlag Hans Schiler.
- Hanafi, S., & Tabar, L. (2005). *Donors, international organizations, local NGOs. The emergence of the Palestinian Globalized Elite*. Jerusalem: Institute of Jerusalem Studies, Muwatin.
- Hernando de Larramendi, M. (2011). Del malestar social a la protesta política árabe. *Política Exterior*, 140, 44–55.
- Jad, I. (2004). The NGO-isation of Arab women's movements. *IDS Bulletin*, 35:4, 34–42.
- Kaldor, M. (2005). *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*. Barcelona: Tusquets.
- Kienle, E. (2011). Civil Society in the Middle East. In M. Edwards (Ed.). *The Oxford Handbook of Civil Society* (pp. 146–158). Oxford University Press.
- Le Saout, D. & Rollinde, M. (dir) (1999). *Émeutes et mouvements sociaux au Maghreb*. Paris: Karthala.
- Norton, A. R. (Ed.) (1995). *Civil Society in the Middle East*. Leiden: Norton Brill.

- Ould Mohamedou, M. (2011). La démocratie arabe au regard du néo-orientalisme. *La Revue Internationale et Stratégique*, 83, 85–91.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2012). Informes sobre el desarrollo humano en los países árabes, Descargado de <http://hdr.undp.org/en/reports/regional/arabstates/name,3403,en.html>. Consultado el 5 de febrero de 2012.
- REMDH (2010). *La liberté d'association dans la région euro-méditerranéenne 2010. Une société civile en péril*. Copenhague: Réseau Euromed des Droits de l'Homme.
- Schnapper, D. (2000). *Qu'est ce que la citoyenneté?* Paris: Gallimard.
- Shehata, D. (2008). Youth Activism in Egypt. *Arab Reform Brief*, 23.
- Smith, K. & McConville, B. (2011). How the media marginalised the economic roots of the Arab spring. In J. Mair & R. Lance Keeble (Eds). *Mirage in the Desert: reporting the Arab Spring*. 128–148. Suffolk: Arima Publishing.
- Stephan, M.J. (Ed) (2009). *Civilian Jihad: nonviolent struggle, democratization, and governance in the Middle East*. New York: Palgrave.
- Tadros, M. (2011). The securitisation of civil society: a case study of NGOs – State Security Investigations (SSI) in Egypt. *Conflict, Security and Development*, 11:1, 79:103.

.....

### **Protest continuum in the Arab countries: Social movements, civil society, and citizenship**

**Abstract:** The popular demonstrations triggered by the so-called Arab Spring can be explained by a combination of the multiple reasons of political, social, cultural, and economic orders. But previous mobilizations become relevant as a precedent to the Arab Spring protests given their scope; in several countries in recent years, an unusual intensification of the protest was experienced. The massive character of the protests would not have been possible without the intervention of certain experienced actors that served as catalysts and facilitators of these dynamics. Regardless of their achievements and singularities, the 2011 demonstrations have to be regarded as part of a protest *continuum*, being the inheritors of previous resistance, and protest movements, as well as of preceding organizational experiences and constituting a turning point in collective action. This *continuum* goes on.

**Keywords:** Arab countries, collective action, democratization, protest

### **Le continuum contestataire dans les pays arabes: Mouvements sociaux, société civile et citoyenneté**

**Résumé:** Les mobilisations populaires déclenchées par les dénommés “printemps arabes” s’expliquent par la combinaison de multiples raisons

d'ordre politique, social, culturel et économique. Mais les dimensions atteintes par les protestations mettent en relief leurs antécédents; dans plusieurs pays, durant ces dernières années, a eu lieu une intensification inusitée de la contestation. Le caractère massif des protestations n'aurait été atteint sans l'intervention de certains acteurs qui comptaient avec de l'expérience y qui purent jouer un rôle de catalyseurs et de facilitateurs de cette dynamique. Indépendamment de leurs réussites et de leurs singularités nationales, les manifestations de 2011 se sont ainsi inscrites dans un *continuum* contestataire, étant héritières d'expériences de résistance, de protestation et d'organisations antérieures, et elles constituèrent un moment d'inflexion dans le processus. Ce *continuum* se prolonge dans les transitions politiques en cour.

**Mots clés:** action collective, démocratisation, pays arabes, protestation

.....